

Un importante texto político-literario
de finales del siglo XV:
la *Epístola consolatoria a los Reyes Católicos*
del extremeño Bernardino López de Carvajal
(prologada y traducida al latín por García de Bovadilla)

Tomás González Rolán
Pilar Saquero Suárez-Somonte
Universidad Complutense de Madrid

*Para Marcelo Martínez Pastor,
hombre de bien y universitario ejemplar,
como testimonio de permanente y sincera amistad.*

RESUMEN

La muerte del príncipe Juan, único hijo varón y heredero de los Reyes Católicos, ocurrida el 4 de octubre de 1497, fue un excelente argumento para muchísimos escritores, que, en latín o en castellano, por medio de elegías, églogas o consolaciones, se hicieron eco de la consternación, tristeza y dolor que embargó a los españoles. Uno de estos escritos, que hasta el momento permanecía inédito, fue realizado en castellano por el cardenal Bernardino López de Carvajal y traducido al latín, con una carta dedicatoria a Diego Hurtado de Mendoza, por García de Bovadilla. En el presente trabajo, además de editar el texto latino, se profundiza en la compleja personalidad de Bernardino de Carvajal, se establece la posible fecha de la traducción latina y se analiza el contenido de la obra original.

SUMMARY

Prince Juan's death, occurred in October the 4th 1497, being Juan the only son and heir to the Catholic Kings, became a common place in hispanic literature. Many authors wrote, either in Latin or Castilian, elegies, eclogues or consolations echoing the sadness and consternation every Spaniard felt. One of these works,

unpublished so far, by Cardinal Bernardino López de Carvajal, was translated into Latin by García de Bovadilla, who added a dedicatory letter to Diego Hurtado de Mendoza. The present work studies Bernardino de Carvajal's complicated personality, establishes the possible date of the Latin translation, analyses the content of the original work, and edits the Latin text.

1. Si grande fue la alegría y felicidad de aragoneses y castellanos por el nacimiento en Sevilla, el 30 de junio de 1478, del príncipe Juan¹, hijo de los Reyes Católicos, no menos considerable fue su tristeza, dolor y consternación por su prematura muerte ocurrida en Salamanca el 4 de octubre de 1497, cuando sólo contaba con diecinueve años, hacía siete meses que se había casado con la bellísima Margarita, hermana de Felipe el Hermoso e hija del emperador Maximiliano, y muy pronto se iba a convertir en flamante padre.

Como bien ha señalado Tarsicio de Azcona², el nacimiento del único hijo varón de Fernando e Isabel fue revestido de tinte mesiánico:

«Aquel niño era enviado por Dios para ser el precursor y vocero de la más halagüena esperanza de los reinos hispánicos».

Con sólo tres años, en mayo de 1481, fue jurado príncipe heredero en las Cortes³ celebradas en la ciudad de Toledo:

«En ellas recibieron e juraron al dicho príncipe nuestro fijo por primogenito e legítimo heredero nuestro, según que se requería».

Y también como correspondía al heredero de una nueva y poderosa monarquía su formación⁴ fue minuciosa y cuidadosamente planificada por la reina Isabel, para lo que nombró como tutor y responsable de su educación al arzo-

¹ Además de los trabajos que oportunamente iremos citando, sigue siendo de amena y provechosa lectura el libro que sobre la figura del príncipe Juan publicó el Duque de Maura con el sugestivo título *El príncipe que murió de amor: don Juan, primogénito de los Reyes Católicos*, Madrid, Espasa Calpe, 1944.

² «El príncipe Don Juan, heredero de los Reyes Católicos en el V Centenario de su nacimiento (1478-1497)», en *Cuadernos de Investigación Histórica*, 7 (1983), 219-243; esp. 220-221.

³ Cf. T. de Azcona, op. cit., p. 221.

⁴ Cf. G. M. Bertini, «Un diálogo humanístico sobre la educación del príncipe don Juan», en *Fernando el Católico y la cultura de su tiempo, V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Zaragoza 1961, 37-62; Alonso Ortiz, *Diálogo sobre la educación del Príncipe don Juan*, de los Reyes Católicos, Madrid 1983.

bispo Diego de Deza (1443-1523), una de las más relevantes figuras eclesiásticas⁵ de aquel tiempo, quien comenzó su labor cuando el príncipe apenas tenía ocho años y no la abandonó hasta prácticamente la muerte de su discípulo, ocurrida precisamente en su palacio arzobispal de Salamanca, adonde había llegado, tras haberse casado, en su recorrido por las posesiones que sus padres, como Príncipe de Asturias, le habían concedido.

Una prueba del éxito alcanzado por Diego de Deza con su discípulo, nos la ofrece un humanista alemán, Jerónimo Münzer, quien en su viaje por España fue recibido en enero de 1494 por el príncipe, del que hace el siguiente comentario⁶:

«El serenísimo Juan es el único hijo varón, joven de diecisiete años que, para su edad, sabe tanto latín y es tan buen orador que causa admiración. Le hice un corto discurso en latín que escuchó con la máxima atención y placer. También me di cuenta de que me quería responder. Pero como estaba herido y tenía tirante el labio inferior y la lengua poco expedita para hablar con soltura, me dio la respuesta por medio de su preceptor, mostrándose muy benévolo y deferente en todo».

Un año después de este episodio que nos relata el viajero alemán, el embajador Francisco de Rojas, en nombre de los Reyes Católicos, llegó a un acuerdo con el emperador Maximiliano para el compromiso de un doble matrimonio, el de los hijos de los reyes de España Juan y Juana la Loca con Margarita y Felipe, hijos del emperador, matrimonios que se celebraron por poderes en Malinas el 5 de noviembre de 1495 y que fueron confirmados por Fernando e Isabel en Uldecona el 3 de enero de 1496.

Unos meses después, el 20 de mayo de 1496, los reyes españoles concedían en Almazán a su hijo Juan el Principado de Asturias⁷:

«Por quanto de costumbre antyqua usada en estos nuestros Reynos, los Reyes de gloriosa memoria nuestros progenitores, que dellos an sydo que tenian fijo varon primogenito heredero de sus Reynos,

⁵ Cf. *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, dirigido por Quintín Aldea Vaquero —Tomás Marín Martínez— José Vives Gatell, vol. II, Madrid 1972, 746-748.

⁶ Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal* (1494-1495), R. Alba (ed.), Madrid 1991.

⁷ Cf. T. de Azcona, op. cit., 242-243, quien reproduce el documento de concesión según consta en el Archivo de Simancas P. R. 59-10.

quando hera constituydo en alguna hedad despues de ser pasado de la hedad pupula, acostumbraron ponerles e asentarles casa e darles prinçipado que touisen e gouernasen e ouiesen e leuasen los fructos e rentas del para sustentacion de su estado, en lo qual touieron laudable consyderaçion porque fue dar cabsa que ellos se pudiesen experimentar para regir e gobernar los pueblos que touiessen en justia e virtud segund que por dios nuestro señor les es encomendado, para que quando a El pluguise e succediesen en los dichos Reynos, los supiesen bien regir e administrar. Lo qual por nos acatado e con la misma consyderaçion, queriendo seguir e guardar la dicha costumbre con vos el yllustrissimo prinçipe don Juan nuestro muy caro e muy amado hijo primogenito heredero de nuestros reynos e señorios, espeçialmente porque segund ques notorio de que somos mucho obligados de seruir a dios nuestro señor, por vuestros meritos soys digno de reçibir de Nos merced e aver e tener el dicho Prinçipado mas complidamente que lo resçibieron los prinçipes pasados en estos nuestros reynos...».

Al año siguiente, es decir 1497, un mes después de la llegada a España de la princesa Margarita, tuvo lugar el 14 de abril lo que podríamos denominar la boda presencial entre los contrayentes. A partir de este momento y en el corto espacio de siete meses se precipitaron los acontecimientos, y así a la feliz nueva de que la joven esposa había quedado embarazada, se añadió como amargo contrapunto la constatación de que la débil naturaleza del príncipe, o si se quiere su inmadurez fisiológica, incapaz de soportar una intensa vida sexual, se había quebrado de tal manera que lo llevó derecho a la muerte. La información de que el príncipe murió por exceso de amor carnal procede, entre otros, de un directo y privilegiado testigo de los hechos, el humanista de origen italiano Pedro Mártir de Anglería, pero afincado en España, adonde llegó para combatir contra los moros de Granada, quien en su *Epistolario*⁸ se refiere en estos términos a la causa de la muerte de don Juan:

⁸ *Opus epistolarum*, ed. de Alcalá de Henares, 1530. Ha sido estudiado y traducido con el título *Epistolario de Pedro Mártir de Anglería* por José López de Toro, en *Documentos Inéditos para la Historia de España*, vol. IX, Madrid 1953, vol. X, Madrid 1955. La cita corresponde al vol. IX, carta n.º 176, 334-335. El original latino (fol. 42v) dice así: *Pallet iam nimis, huius puelle amore pellectus, hic noster ephebus Princeps. Hortant medici Reginam, hortat et Rex, ut a Principis latere Margaritam aliquando remoueat. Interpellet indutias precantur, pretestant periculum ex frequenti copula ephebo imminere. Qualiter eum suxerit, quamne sub tristiis incedat, consideret, iterum atque iterum mouent, medullas ledi, stomachum hebetari, se sentire regine renunciant.*

«Preso en el amor de la doncella, ya está demasiado pálido nuestro joven Príncipe. Los médicos, juntamente con el Rey, aconsejan a la Reina que alguna vez que otra aparte a Margarita del lado del Príncipe, que los separe y les de treguas alegando que la cópula tan frecuente constituye un peligro para el Príncipe. Una y otra vez la ponen sobre aviso para que observe cómo se va quedando chupado y la tristeza de su porte, y anuncian a la Reina que, a juicio suyo, se le pueden reblandecer las médulas y debilitar el estómago».

También el cronista A. Bernáldez⁹ atribuye la muerte del Príncipe al amor carnal, o mejor al exceso de pasión en el coito, lo que resultó fatal unido a un extremado agotamiento por los viajes:

«estando en el hervor de su placer llegó el príncipe don Juan rendido por sus ciertas jornadas al cabo de su peregrinación».

Sea cual fuere la causa, agotamiento paulatino o síncope instantáneo, y a pesar de los denodados esfuerzos de los médicos por salvarle, lo cierto es que falleció a los tres días de su llegada a Salamanca, en torno a la medianoche del 4 de octubre de 1497, en presencia de su padre, el rey Fernando, hecho venir con urgencia desde Valencia de Alcántara, donde se encontraba para la celebración de la boda de su hija Isabel con Manuel de Portugal, de su preceptor Diego de Deza, en cuyo palacio se había alojado el príncipe, y de otros personajes como Pedro Mártir de Anglería, quien en una larga carta¹⁰ a Bernardino López de Carvajal, fechada el 19 de octubre de 1497, le dice entre otras muchas cosas que «estaba también presente yo, que para dar compañía al Príncipe había dejado a los soberanos. Me es imposible referir esto sin dominar las lágrimas. ¿A qué más, pilar de nuestra religión? A los trece días nos fue arrebatado. Aquel infausto día 6 de octubre [en realidad el 4] llenó de profundo luto a España entera, privándola del único ojo que tenía [...] El cadáver fue trasladado a Ávila. Los funerales se celebraron conforme a la tradicional costumbre española, vestida toda la corte de tosco sayal. Allí queda enterrada la esperanza de España entera» (*Ibi iacet totius Hispaniae spes*).

⁹ *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, C. Rossell (ed.), *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. 70, Madrid 1953, 567-773.

¹⁰ Cf. *Epistolario...*, op. cit., vol. IX, carta n.º 182, 344-347.

Según L. Suárez Fernández¹¹ estas últimas palabras del humanista resultaron proféticas:

«el viento de la muerte se llevaba a la Casa de Trastámara, forjadora de la unidad nacional. Margarita de Austria sufrió un aborto y se quebró también la descendencia. Comenzó entonces lo que Ortega había de definir como “invertebración de España”».

No se trataba solamente de la muerte de un joven recién casado y futuro padre, sino de una pieza clave para el futuro de España, por lo que no es de extrañar que, como dice Mártir de Anglería, España entera se llenara de profundo luto, del que nos da Gil González Dávila¹² una más amplia y precisa información:

«Causó la muerte suya en España tanto sentimiento que dize Felipe Cominos¹³, historiador francés, que por espacio de quarenta días se enlutaron los grandes cavalleros, vasallos y embaxadores de reyes, y que en todas las puertas de las ciudades estuvieron puestas vanderas negras, celebrando pompas funerales en señal de tristeza y del amor que tenían al Príncipe difunto y a sus padres. Nuestras historias añaden que grandes y pequeños se vistieron de xerga blanca, que fue la última vez que se usó esta manera de luto en Castilla».

Pero la muerte del príncipe Juan, como acontecimiento dolorosamente humano, ofrecía a los escritores del tiempo un magnífico argumento para ser tratado desde muchos puntos de vista. Y en efecto, como señala en un completo estudio Miguel Ángel Pérez Priego¹⁴ «toda la literatura de la época, culta y popular, en latín o en romance, quedó marcada por la sombra del Príncipe. Su muerte, en particular, fue un acontecimiento de tal

¹¹ *Historia de España. Los Trastámara y los Reyes Católicos*, Madrid, Gredos, 1985, p. 373.

¹² *Teatro eclesiástico de la Iglesia de Salamanca*, Salamanca 1618, p. 128.

¹³ Se refiere a las *Memoires* de Philippe de Commynes, que han sido editadas por J. Calmette, vols. II y III, París 1925.

¹⁴ *El Príncipe Don Juan, heredero de los Reyes Católicos y la literatura de su época. Lección Inaugural del Curso 1997-1998*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, XXV Aniversario, Madrid 1998, p. 49.

magnitud que resonó por todos los géneros literarios, desde la epístola al tratado consolatorio, desde la invención a la égloga o desde el arte mayor al romance».

Por lo que se refiere al inventario, estudio y edición de los textos latinos sobre la muerte del príncipe, es de justicia citar en primer lugar a Félix García Olmedo¹⁵, quien además de traducir al español los cuatro diálogos de Diego Ramírez de Villaescusa, editó y tradujo el epitafio de Lucio Maríneo Sículo, una elegía de Pedro Mártir de Anglería y una selección de las elegías de los sicilianos Bernardino Rici y Francisco Faragonio. Con ser importantes los trabajos que sobre la figura del malogrado Príncipe han publicado A. Castro¹⁶, J. Camón Aznar¹⁷ y más recientemente R. Pérez-Bustamante¹⁸, creemos que en lo que se refiere a la recopilación, inventario e incluso edición de nuevas fuentes literarias, escritas en latín y castellano, marcan un hito las investigaciones llevadas a cabo por J. Sanz Hermida¹⁹, M. A. Pérez Priego²⁰ y de nuevo J. Sanz Hermida en colaboración con Ángel Alcalá²¹.

¹⁵ *Diego Ramírez de Villaescusa (1459-1537), fundador del Colegio de Cuenca y autor de los Cuatro Diálogos sobre la muerte del príncipe Don Juan*, Madrid, Editora Nacional, 1944. De los diálogos de Villaescusa hay nueva edición y traducción, pero sin tener en cuenta el más completo de los testimonios impresos, a saber, el de la Biblioteca de El Escorial 40-V-41, realizada por Rufino Almansa Tallante, *Cuatro diálogos que tratan sobre el infausto día en que murió el Príncipe Don Juan, heredero de España*, Jaén, Diputación Provincial, 1997.

¹⁶ «El Príncipe Don Juan», en *Teresa la Santa y otros ensayos*, Madrid 1972, 163-173.

¹⁷ «La muerte del príncipe don Juan según un manuscrito del doctor Alfonso Ortiz (n.º 367 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca)», en *El correo Erudito. Gaceta de las Letras y de las Artes*, año 4.º, 1944, entrega 33, 131-134; «Sobre la muerte del Príncipe don Juan», Madrid, Real Academia de la Historia, 1963.

¹⁸ «La figura de Don Juan, príncipe de España, y la unión de las Coronas en el V Centenario (1497-1997)», en *La figura del príncipe de Asturias en la Corona de España*, Madrid 1998, 89-106; cf. ahora Pérez-Bustamante, R. - Calderón Ortega, J. M., *Don Juan, príncipe de las Españas (1478-1497)*, Colección diplomática, Madrid 1999.

¹⁹ «Literatura consolatoria en torno a la muerte del príncipe don Juan», en *Studia Historica - Historia Medieval*, 11 (1993), 157-170; Alfonso Ortiz, *Consolatoria a la muerte del príncipe don Juan (versión latina y castellana)*, Ávila 1998.

²⁰ Además de la obra citada, puede consultarse su artículo «Historia y literatura en torno al príncipe D. Juan. La Representación sobre el poder del amor de Juan del Encina», en *Historia y ficciones: Coloquio sobre la literatura del siglo XV*, R. Beltrán et alii (eds.), Universidad de Valencia, 1992, 327-349.

²¹ Ángel Alcalá - J. Sanz, *Vida y muerte del Príncipe Don Juan. Historia y literatura*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999.

En el Proemio a la segunda parte del libro citado en último lugar, J. Sanz señala²² que le parece más que notorio el volumen de las obras compiladas «sobre todo teniendo en cuenta que el *corpus* catalogado no agota —ni mucho menos pretende agotar— el caudal de los textos que debieron escribirse ante tal evento, pues todavía habremos de esperar la aparición de algunos opúsculos, poemas en su mayoría, dispersos, manuscritos ciertamente, que duermen escondidos en cartapacios de muy diversa índole en archivos y bibliotecas». Como puede apreciarse, este investigador confía en la futura aparición de nuevos textos manuscritos, pero no así impresos, supuestamente mucho mejor localizados y catalogados.

Es más, según J. Sanz²³, se da incluso el hecho de que «si bien se tiene noticia de al menos dos textos que pasaron por los tórculos, —se trata de las obras del Bachiller de la Pradilla y Bernardino de Carvajal—, *hoy día hemos perdido todo rastro de su existencia*». Por lo que se refiere a la obra del último autor citado, tanto M. A. Pérez Priego²⁴ como el propio J. Sanz²⁵ dan la noticia, tomándola de Bartolomé José Gallardo²⁶, de que figuraba entre los libros de Fernando Colón, registrada con el número 2872, quien la compró en Roma, en junio de 1513 por 4 cuatrines, a la que acompañaba la indicación del título y una brevísima descripción:

Bernardini Carvajal, Epistola consolatoria ad Ferdinandum et Helisabeth Hispaniae de morte Regis Johannis, e hispanico sermone in latinum traducta per Garsiam Bobadilla. I. «Quantum doloris». D. Salutis christianae, anno 1497. In principio est ejusdem Bobadilla epistola: I. «Consueverunt». Est in 4.º.

Como puede apreciarse a simple vista, hay algo en el título que nos hace sospechar de su exactitud, a saber el tratamiento de rey al príncipe Juan, cuando sabemos que los Reyes Católicos en el documento de concesión del Principado de Asturias a su hijo dejaron muy claro que el título y la jurisdicción real sólo a ellos correspondía²⁷:

²² Op. cit., p. 222.

²³ Op. cit., p. 222. El subrayado es nuestro.

²⁴ Op. cit., p. 113. Figura con el número 20 del inventario de fuentes literarias.

²⁵ Op. cit., p. 232. Se encuentra entre las fuentes literarias escritas, en el apartado de los impresos, con el número 10.

²⁶ *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, vol. II, Madrid 1866, n.º 1870.

²⁷ Cf. T. de Azcona, op. cit., p. 243.

«E retenemos en nos la soberanía de nuestra juredición real para que nos podamos e mandemos fazer justícia sy vos la menguasedes e todas las otras cosas que non se pueden apartar de nos...».

En efecto, como tendremos ocasión de demostrar más adelante, el título que nos da Gallardo está posiblemente citado de memoria y sólo de lejos se parece al que figuraba en la edición impresa, que, como también veremos, no pudo haber visto la luz en 1497.

2. Pero antes de abordar estas y otras cuestiones relacionadas con la pieza consolatoria, es necesario que nos detengamos, aunque sea brevemente, en su autor, el extremeño Bernardino López de Carvajal, sin duda alguna una de las figuras políticas, intelectuales y eclesiásticas más relevantes de la España de finales del siglo XV y comienzos del XVI, pero que, como en otros muchos casos de españoles eximios, sólo en los últimos años se ha comenzado a prestarle atención. En efecto, si exceptuamos los trabajos de H. Rossbach²⁸ y el inédito de Jerónimo Román de la Higuera²⁹, tenemos que esperar hasta 1978 para encontrar, y nada menos que en el *Dizionario Biografico degli Italiani*, un riguroso y completo estudio de su vida y obra realizado por G. Fragnito³⁰, al que siguió nueve años después otro trabajo no menos importante de J. Goñi³¹ en el Primer Suplemento del *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*. Unos años antes Teodoro Fernández y Sánchez había publicado una monografía sobre nuestro autor³² que resulta poco aprovechable por el afán hagiográfico con que es enfocada su figura. Más interés, aunque sin llegar al nivel de los trabajos de Fragnito y Goñi, tiene la introducción a la edición y traducción de una de las obras de Bernardino realizada por Carlos de Miguel Mora³³.

²⁸ *Das Leben und die politisch-Kirchliche Wirksamkeit des Bernardino López de Carvajal und das schismatische Concilium Pisanum*, Breslau 1892.

²⁹ *Vida de Bernardino de Carvajal, cardenal de Santa Cruz*, Madrid, Biblioteca de la Real Academia.

³⁰ *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italia, 1978, s. v. Carvajal, Bernardino López de, 28-34.

³¹ *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, dirigido por Quintín Aldea Vaquero —Tomás Marín Martínez— José Vives Gadell, Suplemento I, Madrid 1987, s. v. López de Carvajal, Bernardino, 442-450.

³² El discutido extremeño Cardenal Carvajal (D. Bernardino López de Carvajal y Sande), Cáceres, Institución Cultural «El Brocense», 1981.

³³ *Bernardino López de Carvajal, La Conquista de Baza. Introducción, Texto, Traducción y Notas*, Granada, Universidad, 1995, 9-40.

Todas las obras citadas, aunque suponen, unas ciertamente más que otras, una aproximación a la complejísima personalidad del eclesiástico extremeño podemos considerarlas provisionales en tanto no se exhumen y estudien sus numerosísimas cartas todavía guardadas en archivos y bibliotecas españolas. Por otra parte, apenas se han tenido en cuenta, salvo J. Goñi en algunos casos, las misivas que desde España y más concretamente desde la Corte le enviaba Pedro Mártir de Anglería y que para el caso que nos va a ocupar posiblemente fuesen la información más directa y temprana que tuvo a su disposición.

La relación entre el humanista italiano afincado en España y el eclesiástico español residente en Italia desde 1482 hasta su muerte ocurrida en Roma el 16 de diciembre de 1523, salvo el breve periodo comprendido entre 1486 y 1488 en que volvió a España como legado pontificio, pasó de la admiración y respeto, entre 1494 y 1503, por las excelsas virtudes del extremeño, entre las que se incluían su elocuencia, erudición y ciencia, periodo este que coincide con las numerosas cartas personales enviadas por el humanista italiano, a una etapa que comienza en 1504, año en que cesa la correspondencia directa, hasta culminar en 1511 cuando Mártir de Anglería en carta a Fajardo y refiriéndose al Concilio de Pisa echa la culpa del cisma a Carvajal en estos duros términos³⁴:

«Bernardino de Carvajal, Cardenal del título de Santa Cruz, se proclama el Typhis de esta nave, el Automedonte de este carro. Nuestro monarca amonesta a Carvajal para que se aleje de esta empresa. Bernardino accede y, por medio de sus mensajeros, promete que en las galeras reales desde Piombino embarcará para Nápoles. *Pero muchos se temen que la ambición le haga desistir de los prometido. Es por su natural en extremo orgulloso y, aunque erudito, se fia demasiado en sí propio y en su ciencia. Parece que sobrestima sus méritos y no sabe mantenerse en su lugar*».

Su vinculación, como principal cabecilla, con el fallido conciliábulo³⁵ de Pisa (1511), su fama de hombre impulsivo y arrogante, su posible obsesión

³⁴ Carta n.º 464, del 20 de septiembre de 1511, según la edición y traducción del Epistolario de Anglería realizada por J. López de Toro, op. cit., vol. X, p. 372. El subrayado es nuestro.

³⁵ Cf. P. Lehman, *Das Pisaner Konzil von 1511*, Breslau 1874; A. Renaudet, *Le concile gallican de Pise-Milan*, París 1922; J. M. Doussinague, *Fernando el Católico y el cisma de Pisa*, Madrid 1946; *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid 1944.

por convertirse en Papa, su aparente deserción de los intereses españoles a favor de los de Luis Moro, del emperador Maximiliano y del rey de Francia Luis XII, no debe hacernos olvidar, como bien ha señalado G. Fragnito³⁶ que

«egli ai suoi tempi godette della fama indiscussa di uomo dalla grande intelligenza e dalla vasta cultura e dottrina, che gli valsero la dedica di numerose opere e di cui offrono testimonianza i suoi scritti [...] Né va trascurato il contributo all'arte del suo tempo».

Nacido de noble familia en Plasencia, exactamente el 8 de septiembre de 1456, pronto demostró su gran inteligencia en las aulas de la Universidad salmantina, en las que estudió Artes y Teología, doctorándose en esta última carrera el 21 de diciembre de 1480. Tras alcanzar el Rectorado de la Universidad en 1481, al año siguiente se trasladó a Roma bajo el patrocinio del Cardenal Mendoza y en esta ciudad pronto se dio a conocer como elocuente orador y hábil diplomático, hasta el punto de que el Papa Sixto IV (9 de agosto 1471-13 de agosto de 1484) le nombró su camarero secreto (*cubicularius*) y su sucesor Inocencio VIII (29 de agosto de 1484-25 de julio de 1492) nuncio y colector³⁷ en España ante los Reyes Católicos, cargo que ejerció entre 1486 y 1488, año en el que vuelve de nuevo a Roma como embajador permanente o procurador de los reyes españoles, quienes no contentos con el honor concedido le propusieron como obispo³⁸ de Astorga (27 de agosto de 1488) y más tarde de Badajoz (23 de enero de 1489). Finalmente, a instancias de la reina Isabel en persona, el Papa Alejandro VI (10 de agosto de 1492-18 de agosto de 1503) le nombró Cardenal el 20 de septiembre de 1493, primero con el título de los Santos Marcelino y Pedro y poco después con el de Santa Cruz en Jerusalén, con el que fue a partir de entonces conocido.

A la muerte³⁹ del Cardenal Mendoza (11 de enero de 1495), se le concedió, también con el visto bueno de los Reyes, la sede de Sigüenza⁴⁰, de la que

³⁶ Op. cit., p. 33.

³⁷ Cf. J. Fernández Alonso, *Legaciones y nunciaturas en España de 1466 a 1521*, I, 1466-1486, Roma, 1963.

³⁸ Cf. P. Rodríguez López, *Episcopologio asturicense*, vol. II, Astorga 1907, 387-391.

³⁹ Cf. F. Vilches Vivancos, *El Cardenal Mendoza. Datos biográficos definitivos y obra literaria*, Guadalajara 1994, p. 48.

⁴⁰ Cf. T. Minguella, *Historia de la diócesis de Sigüenza*, vol. II, Madrid 1912, 196-208.

tomó posesión el 20 de febrero de 1495. A lo largo de su azarosa vida ocupó otras sedes episcopales como la de Cartagena⁴¹ y ya al final de su existencia el Papa Adriano VI (9 de enero de 1522-14 de septiembre de 1523) le concedió el obispado de Plasencia⁴², su ciudad natal.

Como acabamos de señalar, los Reyes Católicos depositaron su plena confianza en el prelado extremeño hasta el punto de nombrarlo su representante ante la Santa Sede y proponerlo para obispo y cardenal, y la verdad es que él respondió plenamente a su confianza y atención prestando valiosísimos servicios a la Corona española y mostrando en todo momento su interés por todo lo que ocurría en España y en especial en la Corte, y una prueba de ello es la prontitud con la que escribió a los Reyes para consolarles de la muerte de su hijo Juan.

Con todo, a partir de 1498 se observa un enfriamiento o distanciamiento entre los Reyes, sobre todo Fernando, y el prelado extremeño, hasta el punto de que, según J. Goñi⁴³, «le escribieron cada vez menos sobre sus negocios, teniéndolo prácticamente al margen». Y de este enfriamiento se pasó a una casi ruptura, sobre todo a partir del Cónclave reunido para elegir al sucesor de Alejandro VI y del que salió elegido Julio II (31 de octubre de 1503-21 de febrero de 1513), a pesar de que el que había entrado en él como papable era Bernardino López de Carvajal.

Es muy probable que sus enfrentamientos con el Papa Julio II y su desplazamiento a posiciones favorables a Francia se deban a este revés, difícilmente tolerable en una persona tan orgullosa y tan convencida de su valía y que en su fuero interno estuvo motivado por la falta de apoyo de los representantes españoles. Pero a pesar de ello suscribimos plenamente la valoración que de su vida nos da J. Goñi al final de su riguroso estudio⁴⁴:

«En conjunto su vida y su personalidad merecen un juicio más positivo que el que le tributa Pastor⁴⁵. Prestó grandes servicios a España y aun los habría prestado mayores, si Fernando el Católico hubiera sabido retenerlo en su servicio».

⁴¹ Cf. P. Díaz Cassou, *Serie de los obispos de Cartagena*, Madrid 1895, 67-69.

⁴² Cf. A. Fernández, *Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, Madrid 1627, 185-191.

⁴³ Op cit., p. 443.

⁴⁴ Op. cit., p. 449.

⁴⁵ L. Pastor, *Historia de los papas* (traducción española de R. Ruiz Amado), Buenos Aires - Barcelona, 1949 - 1952, pp. III-IX.

3. Volviendo a la epístola consolatoria a los Reyes Católicos, tanto G. Fragnito⁴⁶ como J. Goñi⁴⁷ la incluyen entre las obras de Bernardino con el título *Epistola consolatoria in obitu Iohannis principis Hispaniae* y con la fecha de 1 de diciembre de 1497, si bien el estudioso italiano añade el lugar y el nombre del impresor, a saber, Roma y Eucharius Silber.

Por su parte, Carlos de Miguel Mora⁴⁸ remitiéndose a Nicolás Antonio se limita escuetamente a decir que desde Roma «envió, a primeros de diciembre, una misiva:

Consolatoriam epistolam in obitu Serenissimi Principis Domini Joannis ad Catholicos Regem et Reginam eius parentes». En efecto, el gran bibliógrafo español Nicolás Antonio⁴⁹ al título antes citado añade una referencia sobre el comienzo de la obra y sobre su fecha y lugar de impresión: Incipit: Quantum doloris attulerit etcetera. Data fuit Romae Kal. Decembris MCDXCVII.

Pero previamente ha indicado su sospecha de que de los dos textos, el original castellano de Bernardino y la traducción latina de su secretario García de Bovadilla, tan sólo el latino ha sido editado, información que amplía cuando habla de este último⁵⁰, del que nos dice lo siguiente:

Garsias de Bovadilla, Bernardini S. R. E. cardinalis de Caravajal familiaris et a secretis, ex Hispano vertit in Latinum, dicavitque D. Didaco de Mendoza, patriarchae Alexandrino, Hispalensique archiepiscopo: Consolatoriam [...], de qua loco suo meminimus. Edita est in 4 sine loci aut anni mentione, extatque in Vaticana bibliotheca, cod. XMCCCLVII.

Como puede apreciarse, Nicolás Antonio ha intuido, aunque no lo dice expresamente, que el texto original castellano de la epístola consolatoria fue realizado el 1 de diciembre de 1497 y que la traducción de García de Bovadilla, familiar y secretario del Cardenal, dedicada a Diego de Mendoza, patriarca de Alejandría y arzobispo de Sevilla, fue editada sin que en la edición que el bibliógrafo español consultó en Roma figurase mención de lugar

⁴⁶ Op. cit., p. 33.

⁴⁷ Op. cit., p. 449.

⁴⁸ Op. cit., p. 21.

⁴⁹ *Bibliotheca Hispana Nova*, vol. I, Madrid 1783 (reimpr. Madrid, Visor, 1996), 215-216.

⁵⁰ Op. cit., p. 512.

y fecha; un ejemplar de dicha traducción, al que equivocadamente califica de códice, se conservaría en la Biblioteca Vaticana.

Es precisamente en Roma donde José Luis González Novalín, en sus investigaciones sobre los Diego de Muros⁵¹, encontró en la Biblioteca Valli-celliana, Inc. 176, un ejemplar de la Consolatoria, del que reproduce el breve epígrafe introductorio de la obra misma y el encabezamiento de la carta de Bovadilla.

Desgraciadamente nos ha sido imposible hacernos con una copia de dicho ejemplar, pero a cambio hemos utilizado, para la edición parcial que figura al final de esta breve introducción, otros dos testimonios, que hemos localizado en la British Library, IA 19028, y en la Bibliothèque Nationale de París, Reserve Oo/480.

Una lectura detenida de la epístola consolatoria y particularmente de la carta del traductor, García de Bovadilla, nos permite llegar a una primera e importante conclusión, a saber que, así como Bernardino de Carvajal terminó su obra en su lengua materna, el castellano, el 1 de diciembre de 1497 e inmediatamente la envió a sus destinatarios, los Reyes Católicos, que, como dijimos, habían perdido dos meses antes a su queridísimo hijo, el príncipe Juan, la traducción latina no pudo ser impresa antes del 28 de septiembre de 1500 ni con toda probabilidad después del 12 de septiembre de 1502. Así pues, la fecha que figura al final de la traducción corresponde a la del original castellano, que Bovadilla sencillamente ha vertido al latín. La razón de nuestra propuesta se basa en que Bovadilla, en la carta introductoria, dedica su traducción a Diego Hurtado de Mendoza (*Reuerendissimo ac amplissimo Domino Didaco de Mendoza Patriarche Alexandrino Presuli Hispalensi Domino colendissimo Garsias Bouadilla addictissimus salutem*), al que califica de arzobispo de Sevilla y Patriarca de Alejandría. Pues bien, este prelado⁵² descendiente de la nobleza castellana, pues era hijo de Íñigo López de Mendoza, primer conde de Tendilla y de Elvira de Quiñones, sobrino por tan-

⁵¹ «Los opúsculos latinos de los Diego de Muros», *Asturiensia Medievalia*, 1 (1972), 357-390; esp. p. 358 n. 4, y «El Deán de Santiago, don Diego de Muros. Su puesto en la historia del Humanismo Español», *Antologia Annua*, 22-23, 1975-1976, 11-104; esp. p. 67, n. 231.

⁵² Cf. el interesante artículo de J. Goñi en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Suplemento I, op. cit., s. v. Hurtado de Mendoza, Diego, 388-389; cf. también el Epistolario de Pedro Mártir de Anglería, quien en las cartas 29 y 253 de la edición citada (pp. 37-38 del vol. IX y 40-42 del X) se refiere a Diego Hurtado. En la primera (31 de mayo de 1488) hace un elogio de su sólida formación adquirida en Italia, en la segunda (4 de enero de 1503)

to del Gran Cardenal Pedro González de Mendoza, fue estrecho colaborador de los Reyes Católicos, los cuales recompensaron su lealtad proponiéndolo (a principios de abril de 1484) para el arzobispado de Sevilla en contra de la misma decisión del papa Inocencio VIII de asignar dicha sede episcopal al cardenal Rodrigo de Borja, el futuro Papa Alejandro VI. La postura de los Reyes españoles fue tan firme e inflexible que el cardenal Borja no tuvo más remedio que renunciar.

Su vinculación a Fernando e Isabel, y en general a la familia real, fue tan estrecha que acompañó a los Reyes cuando su hijo Juan fue jurado príncipe heredero en la Iglesia Mayor de Toledo en mayo de 1481, colaboró con apoyo militar en la toma de Granada, en cuya ciudad entró en el séquito real, y en 1497 de nuevo volvió a agregarse a la comitiva que, presidida por el rey Fernando y el príncipe Juan, viajó a Santander para recoger a la princesa Margarita de Austria y poco después, en Burgos, bendijo los esponsales de los príncipes e hizo las velaciones.

Dos años antes de su muerte, el 28 de septiembre de 1500, fue nombrado cardenal de Santa Sabina y patriarca de Alejandría, título este último que aparece en el epígrafe introductorio de la carta de Bovadilla. Consecuentemente la edición de la traducción latina realizada por este último no pudo ser anterior a la fecha de su nombramiento como cardenal y patriarca de Alejandría ni posterior a la de su muerte ocurrida dos años después. Necesariamente debió llevarse a cabo entre este período de tiempo, sin que de momento nos sea posible precisar más.

También en la carta introductoria el autor de la versión latina nos da preciosas informaciones de cómo el cardenal Carvajal, bajo la fuerte impresión de noticia tan terrible, llevó a cabo su obra deprisa y desordenadamente (*satis tumultuarie tractatum unum ab epistole more non alienum inuigilauit lingua nostra et ad catholicos ac serenissimos dominos Regem et Reginam transmissit...*), pero precisamente por explorar todas las partes del género consolatorio y observar su estructura y tópicos, compuso una obra difícil de superar en lo que se refiere a su utilidad y exactitud (*Qui, etsi opus raptim peregit, mea quidem sententia quascumque consolationis partes et historias discutiens, ita*

le comunica precisamente a Bernardino López de Carvajal la muerte de Diego ocurrida unos meses antes, concretamente el 12 de septiembre de 1502, en estos términos: «No quisiera añadirte otra noticia —porque sé que te ha de ser muy desagradable— dado lo mucho que confías a la familia de los Mendozas. Pero, ¿qué hemos de hacer cuando Dios así lo dispone? Murió Diego Hurtado de Mendoza, también adornado con el rojo capelo».

contexuit ut eo in genere nihil salubrius acomodatusque uel eruditissimis acuratissimisque uiris elucubrandum reliquerit...).

Bovadilla declara que el original castellano llegó a sus manos a hurtadillas y que para que no quedase sin editar emprendió la traducción al latín con escrupuloso respeto y fidelidad a su contenido (...*uerum sententiarum immutatum nihil esse affirmare audeo...*), si bien en lo que se refiere al vocabulario, es decir, a los *uerba* (*Arduum quidem fuisse fateor parem uerbis inuenisse ornatum...*) reconoce su deuda con la oración fúnebre o panegírico sobre la muerte del príncipe Juan compuesto⁵³ por Diego de Muros III en Valladolid el 20 de noviembre de 1487 y dirigido al Papa y al sacro colegio cardenalicio (*Didaci de Muros, Decani Compostellani, ad Summum Pontificem et Sacrum Senatum Panagiris de obitu Illustrissimi Domini Johannis, Hispaniae Principis*), posiblemente, como sugiere J. L. González Novalín⁵⁴, con el fin de «proporcionar material a los predicadores que subieran al púlpito en la iglesia de Santiago de los Apóstoles, sita en la romanísima Piazza Navona, donde se conmemoraron semejantes acontecimientos con funciones litúrgicas muy solemnes».

Por lo que se refiere a la consolación propiamente dicha, Bernardino se atiene a la estructura tripartita del género y aunque tratadas de forma desigual incluye una parte trenética o *lamentatio*, otra encomiástica o *laudatio* y finalmente la consolación propiamente dicha o *consolatio*.

La honda impresión que sin duda le produjo la muerte del Príncipe (*Sed mihi imprimis perpetuum animo uulnus infixit*) es quizás la razón principal por la que dedica particular atención a mostrar el dolor que embarga al orbe entero, desde el papa hasta el más humilde ciudadano.

Ante el espectáculo de la muerte de un joven que aún no había cumplido los veinte años, adornado con todos los dones de la naturaleza y en el que sobresalían como cualidades destacables su *dignitas*, *decus corporis*, *uirtutes*

⁵³ Ha sido editado, siguiendo el ejemplar de la Biblioteca Casanatense de Roma, Inc. 1908, en dos ocasiones por J. L. González Novalín, primero en «Los opúsculos latinos...», op. cit., 384-390, y más tarde en «El Deán de Santiago don Diego de Muros...», op. cit., 97-104. También lo editó J. García Oro, como apéndice a su excelente libro *Diego de Muros III y la cultura gallega del siglo XV*, Vigo, Editorial Galaxia, 1976, 154-163. Nosotros mismos estamos ultimando una nueva edición de este breve pero importantísimo texto teniendo en cuenta los testimonios manuscritos dejados de lado en las ediciones anteriormente mencionadas.

⁵⁴ «Los opúsculos latinos...», op. cit., p. 358.

animi, fortitudo, robur, doctrina, fides, religio, iustitia, liberalitas, gratitudo in omnes, pietas in parentes ac cultus, observantia omnium in eum, coniugis amor, regnorum prouincialiumque fides; nadie, dice Carvajal, hay que pueda refrenar sus hondísimos sollozos y su enorme llanto.

Viendo a sus padres que tantos esfuerzos hicieron para unir a España, y a su esposa, que tras siete meses de matrimonio se encuentra embarazada, ni siquiera los más duros de corazón ni incluso las mismas piedras podrían contener el llanto (*...res est que durissimos quosque et lapides ipsos ad lacrimas prouocaret*).

En la parte propiamente consolatoria Carvajal echa mano de numerosísimos tópicos que podríamos denominar doctrinales y a ellos dedica una buena parte de su escrito⁵⁵.

Pero, con ser interesante este apartado que es prueba evidente de sus profundos conocimientos teológicos, creemos que la novedad y originalidad de su obra reside en su análisis de la dimensión política de la pérdida del único heredero varón y en sus consejos a los Reyes para afrontarla.

Para poder valorar en sus justos términos la trascendencia del fallecimiento del príncipe, el prelado extremeño exhorta a todos a que recuerden que desde la toma de España por los árabes han transcurrido setecientos ochenta y tres años, y que en todo este período de tiempo no ha existido un príncipe tan poderoso como lo habrá de ser el heredero de los Reyes Católicos, futuro señor de toda España, con la excepción de Portugal y Navarra.

Partiendo de esta premisa, Bernardino de Carvajal implora a Dios dos ruegos; en primer lugar, que otorgue a sus Majestades fortaleza en su sufrimiento y una vida más dichosa y duradera con el resto de sus descendientes vivos, es decir las princesas Isabel (1470-1498), Juana (1479-1555), María (1482-1517) y Catalina (1485-1536), y en segundo lugar que conceda a la princesa Margarita el anhelado hijo que logre devolver a toda Hispania a una sola jurisdicción y autoridad (*uniuersam Hispaniam in unam dictionem reducat*).

Pero para que estos deseos se conviertan en realidad, los Reyes Católicos, al entender de Carvajal, deben prestar suma atención y cuidado al tema sucesorio, y como primera medida desterrar la improbable idea de un reparto del

⁵⁵ En nuestra numeración esa parte, que por el momento dejamos de editar, ocupa los folios 3v - 8v, casi dos tercios de toda la obra, que se extiende desde el fol. 1r al 13v.

reino entre sus hijas, error cometido por otros reyes (en clara referencia al sistema característico de la monarquía leonesa), pero que en la situación actual sería enormemente peligroso:

In qua re (=successione) ad uniuerse religionis christianeque rei publice ac omnium quietem est omni cura et studio Vestris Maiestibus intendendum; plurimi enim in hoc ex ipsarum progenitoribus errauerunt, qui sua aliquando regna coniuncta simul habentes inter filios diuiserunt.

Dado este supuesto, y con el fin de mantener la muy sacrosanta e benéfica unidad (*sanctissimam et perutilem unionem*), además del non nato hijo o hija del príncipe muerto que heredaría la Corona por «derecho de representación», Carvajal, intuyendo lo que muy poco tiempo después ocurriría, ofrece como alternativa en la sucesión a Isabel, hija mayor de los Reyes y a su vez reina de Portugal por sus dos matrimonios, primero con Alfonso (1475-1491) y luego con Manuel (1469-1521), que, como es sabido, murió en 1498 al dar a luz a su hijo Miguel (1498-1500), muerto también cuando apenas tenía dos años de edad. Pues bien, sobre esta posibilidad, Bernardino de Carvajal sienta el principio general de que a las mujeres les corresponde la sucesión en todos los reinos de Hispania cuando no existen hijos varones (*nec enim dubium esse debet quin Hispanie regnorum omnium hereditas ad filias expectet maribus non stantibus*). Como prueba de ello ahí están, nos dice Carvajal, todos los ejemplos que nos muestra la historia, empezando por los visigodos y siguiendo luego por los reinos de León, Navarra, Castilla, Portugal y también de Sicilia. Por lo que respecta a Aragón, nuestro autor sabe perfectamente que las mujeres pudieron en un tiempo acceder al trono y que, aunque al presente carecen de capacidad de gobernar, que él atribuye a decisiones de las últimas voluntades de los reyes, conservaron⁵⁶ capacidad de transmitir sus derechos sucesorios a sus

⁵⁶ Sobre el tema de la sucesión al trono pueden consultarse con provecho los libros de L. G. de Valdeavellano, *Curso de Historia de las Instituciones españolas*, Madrid 1993, 433-439, y J. A. Escudero, *Curso de Historia del Derecho, Fuentes e Instituciones Político-administrativas*, Madrid 1995, 492-494, y además el artículo de J. Montenegro Valentin, «Notas sobre las mujeres y la sucesión al trono en los reinos occidentales durante la alta y plena Edad Media (718-1265)» en *Estudios dedicados a la memoria del profesor L. M. Díaz de Salazar Fernández*, M. R. Ayerbe Iribar (coord.), 2 vols., Bilbao 1992, 211-223.

hijos⁵⁷ y descendientes legítimos: *Quod postremo comprobatum est in gloriosissimi Ferdinandi regis successione Johannis primi Castelle regis filii, qui materno Leonore matris iure Martini regis Aragonum sororis regno illi successit.*

Si en el caso de Navarra las mujeres tenían la capacidad para suceder en el trono, pero no para ejercer la potestad real, que era asumida por sus maridos, en los reinos de León y Castilla se reconoció siempre, como bien dice L. G. de Valdeavellano⁵⁸, su derecho a suceder en el trono y el que asumiesen el ejercicio por sí mismas de la potestad real. Creemos, pues, que Carvajal tiene razón cuando sostiene que en todos los reinos de España, con las singularidades señaladas, las mujeres tuvieron directa o indirectamente vía libre para que ellas o sus descendientes pudiesen asumir el trono:

Omnium itaque regnorum predictorum eulentissima est in muliere successio.

Opuesto al sistema español, aunque con las particularidades señaladas, es el que se practica en Francia, en donde las mujeres tienen prohibida la posibilidad de heredar el trono (...*Francie institutum, quo mulieres in regno illo succedere prohibentur*), proceder que le parece a nuestro prelado nada menos que antinatural y opuesto al amor paternal (*Francie autem consuetudinem, que mulieres e regni successione deponit, apertissimum est nature inclinationi parentumque amoris repugnare...*), y causa de la disolución de la línea genealógica de las más nobles y numerosas familias (*Est etiam occasio mos iste Francorum ut genealogie ac prosapie familiarum quam plurimum et nobilissimarum abolescant, que filiorum filiarumue in regnis successione conseruantur.*)

Pero independientemente de este hecho que afecta a lo que podríamos llamar política interior de cada nación o reino, España debe adaptarse a las exi-

⁵⁷ El ejemplo que ofrece Carvajal es el de Fernando I, el de Antequera, hijo de Juan I de Castilla y de Leonor de Aragón, hija de Pedro IV el Ceremonioso. A la muerte de Martín I el Humano de Aragón, ocurrida en 1410, Fernando presentó su candidatura al reino de Aragón. Los compromisarios se reunieron en Caspe el 29 de marzo de 1412 y tres meses después, el 21 de junio, en su sentencia reconocieron el derecho de las hembras, no a reinar en Aragón, pero sí a transmitir sus derechos sucesorios, por lo que su elección recayó a favor del pariente más próximo, aunque por línea femenina, es decir Fernando de Antequera, en perjuicio de los parientes de la línea masculina.

⁵⁸ Op. cit., p. 436.

gencias del actual momento internacional y prepararse para enfrentarse, Dios no lo quiera, a naciones que como Francia han experimentado en cuarenta años un crecimiento de su poderío mayor que quinientos años atrás (*Circumspiciens prepterea propinquam uobis Galliam intra XL annum, tantumdem Imperii suo dominio adiunxisse quam antea ab quingentis ferme annis ad eam usque diem possederat, ut sunt Normandia, Equitania, prouincia Picarda et postremo Britannia...*).

Así pues, ante un crecimiento tan grande del Imperio limítrofe, Carvajal sostiene que la necesidad y el sentido común exigen que la casa real se rearme con la unión y la mutua solidaridad de todos los españoles:

*necessitas ac ratio poscunt quod Hispanie domus unione et
mutua omnium concordia muniatur.*

El texto que a continuación editamos y que hasta el momento permanecía inédito, se basa en los ejemplares actualmente existentes en la British Library, IA 19028 y en la Bibliothèque Nationale de París, Reserve Oo/480. Como ya hemos anticipado, no es una edición completa, que esperamos realizar próximamente junto con los textos de Diego de Muros, Diego Ramírez de Villaescusa, Bernardino Rici y Francisco Farafonio, sino la parte correspondiente en nuestra numeración a los folios 1^r - 3^v y 9^v - 13^v.

Por otra parte, hemos respetado la grafía y estructura de las ediciones impresas, introduciendo un único cambio que afecta a la inclusión en el texto, entre corchetes rectangulares, de las notas que con llamada en el cuerpo de la obra figuran en ellas en los márgenes.

[*Consolatoria Epistola in obitu Serenissimi Domini Johannis
Hispanie principis*]

1^r Reuerendissimo ac amplissimo Domino Didaco de Mendoza
Patriarche Alexandrino Presuli Hispalensi Domino Colendissimo
Garsias Bouadilla addictissimus Salutem

Consueuerunt mortales sepe numero eos commendare, dignissime presul, hiisque suorum laborum monumenta sepiissime dedicare, quos presentes nouerint uel cum quibus diutissime atque coniunctissime uixerunt aut his saltim memores a quibus beneficia acceperunt atque id grata uicissitudine reprendunt. Me uero (etsi hactenus consuetudinem fortuna inuiderit nec aliquo motum beneficio) tuarum tamen uirtutum cumulus tibi omnino deuinxit. Hee enim tue sunt uirtutes que passim una omnium uoce predicantur, ut cunctorum iudicio, uelut singulare quodam specimen uirtutum, ecclesie ornamentum et decus elucescas. Nam et cetera que maxime me alliciunt omittam, que nostra etate omnium oculis te spectandum reddunt, nemo est qui ambigat quam uario disciplinarum genere merite quidem laudis tibi uendicaueris, quantaque liberalitate litterarum studia foueas, ut ea cum reliquis animi tui muneribus haud paruis dignissimam te sobolem ex antiqua preclaraque Mendoza familia testentur, que singulari quadam prudentia ac pre ceteris animi bonis precipuos in Hispania principes ac in nostra religione presules prestantissimos sortita est. Que omnia tuaque eminentior benignitas, qua mea ex familia non modo qui tibi inseruierunt, uerum quoscumque potuisti proseguutus es, ut mea in te obseruantia plurimum incrementum acciperet omnino effecerunt. Itaque cum in dies curarem in quo tibi placere possem, ab eo exordiri uisum est, quod nisi casus acerbitas obstiterit maxime tibi gratum spero. Cum itaque nuper Serenissimi diui Johannis Hispaniarum principis immaturus nunciaretur obitus, tuamque amplitudinem pro debito deuotionis in unicum Hispanie amissam prolem Christianissimosque parentes angi super modum uideremus, quod undique in eius consolationem redigere licuit, id tibi legendum obtuli, eoque in urbe tanti principis nunciato acerbo 1^v funere, ille summus sacratissime professionis censor Reuerendissimus Dominus meus Bernardinus Cardinalis Sancte Crucis in Jerusalem (cui inseruire felicissimum duxi), dum diebus paucis nimio merore solus ageret, licet satis tumultuarie tractatum unum ab epistole more non alienum inuigilauit lingua nostra et ad catholicos ac serenissimos Dominos Regem et Reginam Hispaniarum principes transmisit,

functus in aduersis secundisque rebus officio quod ipsis maiestatibus tenebatur. Qui, etsi opus raptim peregit, mea quidem sententia quascumque consolationis partes et historias discutiens, ita contexuit ut eo in genere nihil salubrius acomodatusque uel eruditissimis acuratissimisque uiris elucubrandum reliquerit: miram quidem sententiarum grauitatem ita complectitur, ut non mediocre lugenti solatium afferre indubium sit. Et ne nobis tantum munus et ab tanto principe editum excideret, id optimo iure uendicaui. Verum furtim meas in manus deuenisse fateri haud pudebit, et a me paulo ante latino sermone ex hispano redactum tue dignationi dicaui. Nescio tamen aliorum cedo iudicio qui de utroque censuerint an huiusce dicendi characterem et elegantiam mea potuerit assequi traductio. Arduum quidem fuisse fateor parem uerbis inuenisse ornatum, uerum sententiarum immutatum nihil esse affirmare audeo, quas sapientia et prudentia plenas et ad optimos quosuis principes consolandos de re publica christianaque religione bene meritos accomodatas nemo negauerit. Tu, pater anplisime, libellum leges et ab studiis tuis non alienum pensitabis. Ceterum espistolam, quam nuper ad Sanctissimum Dominum Alexandrum Sacrumque Senatum de tanto obitu eterna memoria recolendo Didacus Muros, decanus Compostellanus iuris Pontificii, interpret et grauis celebrisque orator, destinauit, intexui; qui et omni fortuna istorum gesta principum luculentissime ad Pontifices maximos pro tempore, ut intelligo, descripsit. Tu, siquando curarum cumulo liber fueris, tanquam in animi relaxationem hec relege et mei memor. Vale.

2^a Consolatoria Epístola in obitu Serenissimi Domini Johannis Hispanie principis ad Catholicos Regem et Reginam eius parentes per Reuerendissimum in Christo patrem et Dominum D. Bernardinum Caruaial Cardinalem Sancte Crucis in Jerusalem Episcopum Saguntinum alias hispano sermone missa, demum per Garsiam Bouadilla, eius secretarium, latine traducta ac Reuerendissimo in Cristo patri Domino Didaco Mendoze Patriarche Alexandrino Hispalensi presuli ob deuotionem dedicata.

Serenissimis Dominis Ferdinando et Helisabeth Hispaniarum Regi et Regine Catholicis, Dominis mihi obseruandissimis Bernardinus Cardinalis Sancte Crucis humillime commendo.

Quantum doloris attulerit uniuersis, qui hispano nomine censentur, luctuosissimum nuncium obitus Serenissimi principis Johannis unici nati

uestri hispaniarum heredis, quantumque et tota Curia et urbs ipsa meroris pre se tulerit in hoc amarissimo et publico luctu, esset difficile paribus posse consequi uerbis. Nam, ut inde initium sumam, qui caput est omnium Alexander VI pontifex maximus ex regnis uestris oriundo precipuo uestre regie dicionis familieque deuotissimo patre, ab plerisque postmodum nostri ordinis Sancte Romane Ecclesie Cardinalibus suum ortum eque regio uestro sceptro debentibus, atque ut iis reliquos omnes dominos Reuerendissimos simul adiiciam, postremo quotquot ad unum usque minimum urbem colunt, nemo est quem tristissima ac publica ista clades non altius omnium opinione tetigerit. Sed mihi inprimis perpetuum animo uulnus infixit, dum excellentissimi principis personam considero, dum Maiestatum Vestrarum et illustrissime Margarite reminiscor, dum totius Hispanie sortem infelicissimam extimo, dum Rome ecclesiam Italiamque omnem cum uniuersa christiana republica tanti spe presidii destitutam contemplor. Quarum considerationum una quelibet satis foret, cur esset intoleranter id ferendum, uerum acerbissimum ac pene inexplicabile uulnus omnes simul exaggerant. 2^v Principis enim augustissimam speciem contemplans, in quem tot simul nature munera confluxerunt, dignitatem prepterea decusque corporis animique uirtutes, et quicquid denique optari in eo potest, qui esset reliquo orbi imperaturus, ad hec fortitudinem, robur, doctrinam, fidem, religionem, iusticiam, liberalitatem, gratitudinemque in omnes, in parentes pietatem ac cultum, et rursus in eum omnium obseruantiam, coniugis amorem, regnorum prouincialiumque fidem, stupidus admiratus; nunc sic e medio repente sublatam uigesimo uix etatis anno peracto, nullo ex tot uirtutibus fructu suscepto, in cuius salute tantum totius orbis desiderii opis atque spei situm erat, nemo est qui ab profundissimis suspiriis et ingenti fletu se ualeat abstinere. Afflictionem etiam maximam Maiestatum Vestrarum quum repeto, quam inestimabilem et merito quidem ex tanta fati inclementia in unici nati interitu ceperunt; cuius causa tanta cura ac difficultate sue regie corone XVIII regna ultra plures principatus comitatus et dominia annectere sunt conati. In quibus omnibus pacem perpetuam, religionem et uirtutem fundauistis, ut post felicissimum uestrum decessum esset is, qui omnibus longo euo frueretur, cui edendo, educando, erudiendo ac conseruando tanto studio, religione ac uotis sit elaboratum. Nunc uero rem tantopere cupitam, in ipso uite flore e mediocursu ereptam, sic perditam lugere auget subditis uestris omnibus dolorem efficitque casum funere ipso tristiozem, quum ab eis Maiestatibus Vestris nedum beniuolentia et amor, qui suis regibus et dominis debentur, sed quod parentes et patria sibi de ciuibus et filiis possunt uendica-

re, debeatur. Quicquid enim patrie tenemur, id proprium sit ipsius qui illi recte dominatur. Quin etiam illustrissime principisse nobilitatem animaduertens, serenissimi ac inuictissimi Cesaris Maximiliani Romanorum Regis filie ipsiusque familie dignitatem antiquitatemque ad hoc eius, quod non minus est fortuna, que euo nondum maturo Carolo octauo serenissimo francorum regi coniunx destinata, postea etate iam integra potentissimmi ac gloriosissimi Johannis Hispanie principis nacta nuptias; relicta patria quam tanto cum 3^r honore cum Hispania commutauit; et cui parentes coniunx et populi omnes afficiebantur et supra modum cupiebant; quod uero in tanta coniugii felicitate septem dumtaxat mensibus expletis relicta iam grauida, uirum, hoc est sue uite lumen, amiserit, res est que durissimos quosque et lapides ipsos ad lacrimas prouocaret.

Hinc inde oculos postea circunducens et ipsius Hispanie prouinciis singulis dirigens obtutum, neminem conspicio qui possit hanc omnium iacturam sine inmenso dolore animo metiri, recordatus potissimum ab DCCXIII Christi anno cum postremo Hispanie unio, concordia et gloria afriis uictoribus nonnullorum christianorum prodicione uicta decoxit amisso rege Roderico, cui soli Hispania parebat, ad hodiernum usque diem quem septingenti octuaginta et tres anni precesserunt; numquam interea temporis aliquem in Hispania tante magnitudinis principem extitisse qui esset ea integre potiturus, excepta Portugalie ac Nauarre dumtaxat quota tante prouincie portione, quibus nihilominus que extra Hispaniam sunt Sicilia Sarcinia Baleares et Fortunate insule longe magis antecellunt. Ab eo itaque tempore usque nunc numquam Hispania est eum principem sortita, de quo tantum sibi licuerit sperare Africam inuadendi ad spurcissimi mahumetis superbiam comprimendam et, quod ipsi olim in Hispaniam tentauerant, in proprios lares inferendum. Et sicuti Deus populum per regem et regem per populum sepiissime castigat, puniuit enim Daud [II.^o Regum XXIII] in populi pestilentia ac populus aliquando punitus est in regibus [Job XXXIII] suis. In quorum ac populi supplitium data est regni diuisio quam Scroboam [III Regum XII] fecit post dies Salamonis: si regni itaque diuisio, regis ac populi pena est, apertissimum est regnorum que recte gubernantur unionem et concordiam glorie felicitatique accedere eorundem; melius enim cum una conueniunt, inuicem ipsa se iuuant et conseruant et conatus hostiles facilius propellunt. Inspicere autem Hispaniam prouintiam nobilissimam et cui Deus et ipsa natura tantopere indulserunt, et que sub hoc principe tam pacata et unita quiescebat, nunc orbatam et tanto successore et tam cupito spoliata, anchora et sue spei ualidissimo munimento 3^v clauoque firmissimo, quo rime omnes et

compagines cingebantur, ac lapide angulari qui nedum geminos parietes sed edifitium uniuersum comprehendebat, nemo est qui non cum ea simul amarissimi contristetur et ad commiserationem prorsus rapiatur [...]

9^v [...] Quod ita confidimus diuinam clementiam cum Vestris Maiestatibus omnia in melius et felicius commutaturam, idque prouintiales uestri omnes et unus ego inter primos Deo sedulo supplicamus easdem etiam preces humiliter cum Vestris Maiestatibus iterando, quod sollicitudo ista ex Illustrissimi principis morte suscepta potissimum ad ipsius anime salutem incumbat, pro ea continue orando, ieiunia tolerando, elemosinas elargiendo, et seruatoribus suis quicquid ex obsequio debebatur persoluendo eos, denique excipiendo habendoque ac si ille idem ipse princeps uiueret cui antea seruierunt.

Et licet melius Dei prouidentia nouerit quod precipuum remedium uulnus istud admittat et unde salus ei certior promittatur, attamen quod ad ipsius curationem pro nunc exposci potest, Deus ipse in primis erit exorandus quod Maiestatibus Vestris patiendi fortitudinem uitamque beatiorum ac diuturnam cum reliqua prole superstitute prestet; omnia namque Deus eo pacto in sedem quietiorem optatioremque perducet quam putamus aut petere ualeamus pro Vestris Maiestatibus meritorum magnitudine. Secundo suppliciter orandus Deus est ut regnum istud propius respiciens, Serenissime domine Margarite principisse optatum filium concedat, in quo quicquid in patre est amissum sua felicissima successione recuperare mereamur, atque cum eo diuina pariter clementia, que nunquam rebus necessariis deesse consuevit, uniuersam Hispaniam in unam dictionem reducat, in qua re ad uniuerse religionis christianeque rei publice ac omnium quietem est omni cura et studio Vestris Maiestati 10^r bus intendendum. Plurimi enim in hoc ex ipsarum progenitoribus errauerunt, qui sua aliquando regna coniuncta simul habentes inter filios diuiserunt. Que regni partitio precipua causa fuit ne citius infideles, qui in Hispania tamdiu permansere, eiicerentur, atque ut minus obedientie quam deberet dominis ab subditis ipsis interdum prestaretur, et ut Hispanie regium, etiam sceptrum, extra patrium solum, facinus aliquod preclarum in externa prouintia gerere facile non potuerit, quod de ea magis poterat quam reliquis orbis prouintiis sperari; hanc autem sanctissimam et perutilem unionem (sic Dei misericordia me iubet affirmare), seu in principis de mortui felicissimo successore siue in Serenissima ac Sanctissima domina Portugalie regina firmissime futurum confido, nec enim dubium esse debet quin Hispanie regnorum omnium hereditas ad filias expectet maribus non stantibus. Cuius rei certitudinem et historia et iuris ipsius ratio efficiunt clariorem; neminem

enim fugit naturali et diuino ac etiam Imperiali iure filiam patri succedere ipsiusque honorem et hereditatem hereditario sibi iure uendicatur, idque in libro numerorum (*Numeri XXVII*) de filiabus Salphaat legimus, Digestorum (*Codex, de liberis preteritis, lex Maximum uitium*) quoque sanctiones filias parentum hereditatibus succedere uoluerunt atque natura ipsa ad earum que nascuntur educationem et conseruationem patres cogit, filias minime ederet nisi et alimenta et honores ac hereditates eis pariter deberentur.

Legimus Faustinam Antonio pio patri in Romano Imperio successisse ipsiusque postea auspitiis M. Antoninum eius uirum in idem fuisse Imperium uocatum; Reginam [III *Regum*, X] Sabba, que tanta sapientia fuisse traditur tantoque tempore bene regnum administrauit et quam tantopere Salomon commendat, e regni iuribus quamquam mulierem iusticia non eiecit; Debbora [*Iudicum*, XIII], que mulier fuit et nichilominus Israheliticum populum XL annos suo Imperio rexit; Constata [XII, q. II, cum deuotissimam et si secuti], Gallie Cisalpine regina longobardorum temporibus, quam summe Gregorius primus commendat, ipsa diu regno prefuit tanquam heres nec sexus successionem exclusit ex Gothorum prepterea legibus ac moribus, un 10^v de regnorum Hispanie successio habetur. Quorum institutis ac legibus et nullis aliis Hispanie hereditas censenda est, quandoquidem diutissime et iuste totius Hispanie dominium tenuerunt neminem superiorem in temporalibus cognoscendo, in his hec ueritas clarissime innotescit. Hispanie uidelicet regna, si filius non adsit, ad filias deferri, sicut ipsorum historie indicant: Nempe ante cladem Hispanie per ismaelitas africanos Amalausenta, Theodorici filia, in regno patri successit; ad Ormissindam deinde post Hispaniam uastatam sancti Pelagii primi regis gnatam patris pariter est regnum deuolutum eiusque ductu Alfonsus, primus Catholicus nominatus in uirum acceptus, regno Hispanie est potitus. Cui predictae coniugis ratione Pelagii regis filie, qui Roderico Hispaniarum regi unico frater erat, et quum Alfonsus idem floriosissimum et christianissimum Ricardum Gothorum regem progenitorem referret totius Hispanie et Galliarum, quas prius sanctissimi Gothorum reges eius precessores habuerant, successio debebatur, et quicquid postea per alios christianos in hiis prouintiis de Saracenis expugnareatur, ipsi uel ipsius successoribus iure post liminii acquirebatur, atque eandem legem et mores de filiarum successionem seruari comperimus in omnibus Hispanie regnis, que post dictam cladem sunt diuisa. Nempe de Legionis regno, quod primum est appertissimum, liquet in Ormisinda aliisque mulieribus sexus descendentibus, que in eo postea successerunt. Quod regnum magna ex parte prius Castellam et Nauarram tanquam membra et subiecta primum claudebat. Rursum in regno Nauarre, quod

postea ab Legionis regno diuisum est, successere succeduntque planissime mulieres. Castelle regnum prima sub regni titulo hereditarium excepit domina Eluira Santii Castelle Comitis filia, quam Sanctius Nauarrorum rex uxorem duxit, ex eaque tunc primum Castelle regni nomen inditum est fuitque Santius maritus Castelle ac Nauarre rex postea uocatus ipsiusque filius 11^r Fernandus primus Castelle regnum Eluire successionem ac donatione suscepit.

Aragonie quando primum fuit regnum institutum et a Nauarre corona separatum —enim antea comitatus sub Eluira predicta factum est—, que dono illud et in arrabonem ab Sancio coniuge suscepit illudque postea sub regni titulo functa uita, Ramiro Aragonum primo regi, mariti filio quamquam spurio et ab ipsa adoptato (neglectis legitimis filiis in quos iuste odium exercebat et in primis in Garsiam ab ea primo genitum, qui post parentis obitum solum Nauarre rex permansit) adoptionis et donationis iure reliquit.

In Portugallie regni successionem feminas uenire: ex Terasia, Alfonsi VI regis Castelle naturali filia, satis constat, cui primum dedit pater in dotem Portugallie comitatum ac eam Henrico Lotingie comiti sui patris Ferdinandi primi carissimo domestico nuptui dedit et idem comitatus Portugallie sub Alfonso Enrriquez istius Henrici filio Portugallie primo rege cepit regnum appellari. Si<c> itaque in ceteris Hispanie regnis mulierum successio sepe fuit.

Et quod est ab aliquibus minus recte dubitatum de Aragonie regno clarius liquet illudque a principio fuisse femininum prima Eluire successio cuius meminimus euidentius, et post domine Petronille Ramiri primi regis proneptis Ramirique secundi filie, qui prius sub sancti Benedicti ordine monasterium ingressus ibi aliquandiu uitam degit, donec Petro et Alfonso fratribus uita functis nullis relictis filiis per Innocentium Secundum Pontificem Maximum licuit ut, relicto monasterio, nuptias celebraret, ex quibus dictam Petronillam filiam suscepit, que Raimundo Berengario Barchinonensi comiti postea nupsit. Vnde ipsius filii et qui ab eis nati sunt in Aragonie regnum et Barchinonis comitatum successionis iure deuenerunt. Quod si aliquando postea factum est ut idem regnum mulieres non admitteret, in causa sola fuit patrum quorundam uoluntas, qui illud particulari testamento cauere uoluerunt, quodque potissimum ualuit, ipsarum filiarum consensu aliquando accedente; 11^v nichil tamen dubitant doctores regnum uiris esse feminei, et ita Petrus de Ancarrano, uir iuris consultissimus, in suis Consiliis [*Consilio XXXIII*] asseuerat. Quod postremo comprobatum est in gloriosissimi Ferdinandi regis successionem Johannis primi Castelle regis filii, qui materno Leonore matris iure Martini regis Aragonum sororis regno illi successit.

Sicilie regnum feminee successioni deberi nemo dubitat itque ex priscis apostolice sedis pheudis; cui sic Constantia Guillermi boni regis filia successit, quam quum Normanorum propago deficeret, quos primum Romana ecclesia eo regno donauerat, Celestinus Tertius Pontifex Maximus e monasterio ubi Panormi claudebatur ad Enrici sexti Imperatoris nuptias uocauit. Unde natus est Phedericus Imperator qui Sicilie et Apulie regnum est matris causa consequutus, eodemque modo Constantia secunda, Constantie prime proneptis, Manfredi filia, iura et possessionem regnorum, que diximus Petro tertio, Aragonum regi decimo eius coniugi cessit. Omnium itaque regnorum predictorum eidentissima est in muliere successio.

Neque Francie institutum, quo mulieres in regno illo succedere prohibentur, Aragonensibus obstat ut eundem morem sequi teneantur, cum gallos superiores non cognoscant ac pariter Barchinonum comites, quini libertate sunt eadem ad Francie instituta non coguntur. Potior etenim ac magis certa Aragonie et totius Hispanie progenies ex Gothis est deque Legionis et Nauarre regibus, ubi filie perpetuo successerunt, iudicanda est. Francie autem consuetudinem, que mulieres e regni successione deponit, apertissimum est nature inclinationi parentumque amoris repugnare, qui magis sibi cupiunt filios habere successores quam quosuis alios quamquam sibi sanguine propinquos recte, tamen non descendentes. Accedit id prepterea filiarum et regni maximo detrimento, nam sola plerumque spe quod filie et ab eis futuri hereditatem consequentur maximorum regum et externorum matrimonia ineuntur 12^r atque maiores propterea filie honores easque ipsarum parentes affinitates sortiuntur, quibus regna magis et nobilitantur et augentur. Est etiam occasio mos iste Francorum ut genealogie ac prosapie familiarum quam plurium et nobilissimarum abolescant, que filiorum filiarumue in regnis successione conseruantur. Cuius rei exemplo est antiquissimorum Gothorum regum longa series, que ab Athanarico rege primo ad hodiernum usque diem supra octuaginta et quatuor reges continuato regno nunquam prosapia defecit. Inter quos semper aut filius regis uel nepos seu regine regnasse compertum est, linee illi precipue insistendo, que immediate ducitur a Gothis, que nunc, ut dictum est, in Legionis regno seruatur: Ab Athanarico tamen rege ad nostra hec tempora ducentesimus fere annus agitur supra mille. Comperimus autem in Francia, more isto feminee successionis sublato clarissimas euauisse interea familias Francorum, namque genealogia tam antiqua, que ab Faramundo primo cepit, intra sexdecim tantumodo reges in Childerico decimo sexto terminauit. Qui, quum admodum parum utilis et uitii uoluptatus haberetur subditis eflagitantibus ab Zacharia [XV.q. VI alius autem] Pontifice,

depositus est e regno fuitque in regem siue principem uocatus Carolus Martellus, naturalis filius Pipini natione Teutonici, uir singulari industria ac uirtute celebris. Sic itaque Francorum genealogia extincta est, subsequuta postea est Pipini familia, Caroli Martelli patris, atque ambo ii reges appellari noluerunt; fuit autem qui ex eo scemante primum est Francie rex uocatus Pipinus secundus Caroli Martelli filius. Ex quo natus est Carolus Imperator cognomento magnus, inter cuius nepotes Imperium et magna regni pars fuit diuisa, neque plures quam nouem in Pipini et Caroli genere, quod in Ludouico quinto est absumptum, reges extitere. Successit postea regno Hugo Capetus uir maximo animo et Parisius Comes, quem nouissimi Francie reges sui generis referunt autorem, quamquam in linea inde ducta XIII tantum 12^o modo comprehendantur. Fuit enim decimus quartus Philippus Valois Comes Capeto tamen proximus.

Habet itaque in se plurimum honoris et utilitatis Hispanie mos, qui est maxime ex ipsa natura, ut minores maiorum successionem consequantur, unde et scripsit uerissime Paulus [Roma. VIII] si filius ergo heres, quod utrumque complectitur sextum. Quare ut Hispanie regna omnia in unum conueniant, quandoquidem est tanti res momenti et apprime necessaria Maiestates Vestre omni conatu et omni ad id dexteritate contendant. Et preterea est omnibus diligenter considerandum ut, quibus finitimi tales opponuntur, qui cum eis contendere aliquando posse uideantur, eorum exemplo se instruant ac parent et in omnibus ipsis denique emolentur; secus enim si fieret ut sunt sine caritate nunc mortales et rebus alienis anhelantes discrimen maximum rebus suis immineret, quando Hispanis res erat cum Granata, satis illis erant arma leuia, equi leues et expediti, neque enim mauri alio armorum genere utebantur. Quando (quod omen deus auertat) esset Hispanie cum Francia decernendum, toraces ferreos et tormenta atque undique tectos equos, sic enim galli prodeunt, in certamen res exigeret, Hispanie prouintia, ut meminit Iustinus [libro XLVIII], nullo pacto in pace potest contineri, si bellicosa gens que illic plurima est, cum externis bellum non exerceat. Sed iam Dei uirtute nichil ibi hostile cum mauris est relictum, Africa inuadenda modo superest atque armis hereditas petenda, quam illic Gothi tenuerunt, et licet aliquot inter se Africe regna diffideant, sunt tamen ea amplissima et in que, si christianus exercitus ad aliquam ipsorum partem debellandam traiciat, cogent suas inuicem statim uires ac contra nostros arma uno simul animo conuertent, ita ut neque aduersus eam proficere quicquam, neque ipsorum impetum substinere ualeamus, nisi rex ipse bellum in Africa gesturus adeo potens accedat, cui nullius regis alterius Hispanie uicini sint

arma metuenda. Et propterea cum olim in Hispania in diuersa se regna diuisissent Mauri, cum Tolettum alius, Cordubam alius 13^r Hispalim quoque alius teneret quumque Gallie, que Gothorum fuerant, in Comitatus plurimos, utpote Tolose Montispesulani prouintie et pleraque talia, que superiorem non norant, partirentur, nichil absonum tum forsam erat Castelle Legionis et Celtiberie reges inter filios regna partiri. Erant enim impotentiores tum finitimi quam ipsi remanserant poterantque ipsos facilius superare et malum potius inferre quam timere. Cessat ea tamen in presentia ratio et quicquid in sui quietem floriisque Hispanie faciendum restat, externam prouintiam, hoc est ipsam Africam requirit, ubi nisi maximo cum impendio omnium consensu obedientia ac fide nichil boni quicquam aut tuti poterit inceptari. Et ad eam rem conficiendam petimus ab Deo ut unam omnibus mentem uotum et sententiam infundat ab Vestris uero Maiestatibus id ut curent.

Circumspiciens prepterea propinquam uobis Galliam intra XL annum, tantumdem Imperii suo dominio adiunxisse quam antea ab quingentis ferme annis ad eam usque diem possederat, ut sunt Normandia, Equitania, prouintia Picarda et postremo Britannia, ex quibus annis singulis supra quindecim centena millia aureorum exiguntur; aduertens etiam quod in tanta ipsius unionis occasione nichil dum per nonnullas regni dissentiones consequi licuit, quibus aliquantisper postea sopitis uidimus intra paucos dies quid in Italia effecerit, quumque in tantum uicinum illud Imperium creuerit, necessitas ac ratio poscunt quod Hispanie domus unione et mutua omnium concordia muniatur; nullo enim pacto si secus ageretur et alias prouintias que ipsius spe pendent et se ipsam tutari ualeret. Et licet bona omnia de Francie domo speranda sint quodque suis contenta finibus minime sit aliena appetitura, tamen, ut dictum est, ne suis inter se uiribus Hispania confici possit, expedit omnino populum, immo uerius oportet, expeditionem in Africam parare, de qua, nisi quam querimus adsit unio, nichil poterit polliceri.

13^v Postremo ut eo epistolam claudam, cuius spe omnes quotquot uiuimus pendemus, non uereor quin Dei clementia, que numquam in re iusta et necessaria mortalibus deesse conuenit, Maiestatibus Vestris ipsarum regnis et seruatoribus presto erit, easque sic consolabitur ut cladis magnitudo ex tanti principis morte suscepta reparetur. De cuius misericordia confidendum est quod, quicquid ex Vestra Regia progenie Maiestatibus Vestris reliquum fecit, secundabit et in eum longius producet, satisque iam esse putabit ex undecim christianis principibus secularibus, paucis antea temporibus desideratis sex de sanguine uestro euocasse principem uidelicet ipsum Hispanie alterumque

Lusitanie cum ipsius rege patre tresque Neapolitani reges, qui intra quintum annum continuato funere obierunt. Quinque uero alii principes fuere, duo Francorum Dalphini totidem Sabaudie duces et alter Mediolani; suntque ea omnia, ut predixi, patientia christiana toleranda, qua Deum colendo in melius omnia conuertentur. Dabunt itaque ueniam Maiestates Vestre si epistole modum non seruauit mersus enim amarissimo luctu. Cum pre dolore hiis diebus ab rebus agendis aliquanto concessissem neque in aliquo detinerer, incidi in uarias huius casus cogitationes, et pre his, que michi infixæ precordiis heserunt, admodum pauca uideor scripsisse. Deus Redemptor noster optato secundet Maiestates Vestras easque augeat ac seruet. Rome kalendas Decembris salutis christiane. Anno MCCCCLXXXVII.